

Los desafíos de la educación universitaria en un mundo globalizado

Juan Antonio Carrillo Donaire

Discurso a la primera promoción de Bachillerato

del IES Prof. Carrillo Salcedo

29 de mayo de 2015

El sentido de la Universidad hoy

La Universidad es mucho más que lo que de ella nos dice el Diccionario de la RAE, que la define simplemente como la *“Institución de enseñanza superior que comprende diversas facultades, y que confiere los grados académicos correspondientes”*.

La institución universitaria -como digo- es y ha sido siempre muchas otras cosas, y está llamada a desempeñar muy distintas misiones en un mundo cada vez más tecnocrático y más globalizado.

En primer lugar, la Universidad, desde el alto medievo, es “ayuntamiento de maestros y escolares”. Esta concepción de la Universidad, que tuvo su auge en el Renacimiento (en los siglos XV y XVI, cuando se fundan las más antiguas Universidades andaluzas de Sevilla y Granada) tiene reminiscencias en la Academia de Platón o en el Liceo de Aristóteles. En esta expresión se encarna un singular modelo de convivencia para el aprendizaje, de crecimiento a través del acompañamiento entre profesores y alumnos, que tiene sus orígenes más remotos en el método socrático. Hoy, tras superar una época de masificación de la Universidad, especialmente aguda en las últimas décadas del siglo XX, ese modelo vuelve a ser posible (la ratio media de profesor alumno en la Universidad española es de 12 alumnos por profesor/curso).

En segundo lugar, la Universidad representa también un talante. El “ser universitario” implica un modo de ver el mundo: estar abierto al conocimiento, ser crítico, inconformista. Francisco Giner de los Ríos, padre de la Institución libre de enseñanza, lo expresó como una vocación personal: *“la Universidad es un ethos, una manera de ser y de situarse ante la vida”*.

La Universidad expresa también, en tercer lugar, la cualidad de lo universal (*Universitas*), que expresa la búsqueda del conocimiento global, la apuesta por la investigación entendida como profundización en el saber, en el encuentro con la verdad. Pero no solo en el saber objetivo sin más, en el por qué de las cosas; sino también en el para qué, en el entendido de que el conocimiento tiene una función

social. La docencia universitaria se concibe como un fruto directo de la investigación que es transmitido a través de un *cursus honorum*, de un itinerario académico que se ordena en función de cada rama del saber.

Quien mejor expresó relación indisoluble entre investigación y docencia fue Wilhelm Von Humboldt, fundador de la Universidad de Berlín en 1810 (que ha servido de inspiración del modelo universitario americano). Su anhelo era fundir investigación con docencia para la formación integral, humanista y científica, y para propiciar aprendizaje a lo largo de la vida (aplicando un método pragmático que tiene su fundamento en el positivismo de Augusto Compte). En esta visión de la Universidad, la investigación constituye el signo diferenciador del saber universitario. Tanto la investigación básica como la aplicada, que hoy llamamos innovación y desarrollo (los dos últimos sumandos de la fórmula I+D+i).

La Universidad está sometida desde esa definición decimonónica a un debate de inspiración krausista iniciado en España por los regeneracionistas españoles del s. XIX y principios del XX. Debate que fue retomado tras la transición española por el objetivo constitucional de generalizar la Universidad como servicio público accesible a todos (que ha tenido efectos muy positivos –democratización de la enseñanza superior- y alguna que otra consecuencia negativa–masificación, pérdida de calidad-). Debate intensificado hoy por el aliento finisecular que supuso la adopción del llamado “modelo Bolonia” del ECTS.

El trasfondo de ese debate expresa un cambio radical de ubicación de la fuente del conocimiento: Tras la emergencia de la ciencia “utilitaria” (s. XVII y XVIII), la revolución industrial del s. XIX, la eclosión de la “revolución tecnológica” del s. XX y la globalización económica del s. XXI ¿Dónde se halla la fuente del conocimiento, dónde se genera el saber? ¿en la Universidad o en la sociedad y el mercado?

Hoy puede decirse que en un mundo altamente tecnologizado y globalizado como el nuestro el conocimiento está principalmente en poder de la sociedad y del mercado, de modo que sólo está parcialmente compartido con la Universidad, que ya no es el único centro de creación de conocimiento, ni siquiera el más importante. Empresas como Google (2.000 millones euros), Samsung (4.500 millones de euros) Microsoft (6.000 millones euros) o Toyota motor (7.000 millones euros) invierten en I+D+i mucho más que toda la Universidad española en su conjunto (que, con los recortes, ha pasado de 350 millones de euros en 2011 a 160 millones en 2014).

¿Entonces que función tiene hoy la Universidad?

La Universidad como escuela de liderazgo (la *humanitas* renacentista)

La aportación más importante del Renacimiento a la Universidad estuvo representada por el tránsito de la *universitas* medieval a la *humanitas* renacentista. La ética humanista encarnada por maestros universitarios como Tomas Moro, Luis Vives, Erasmo, Copérnico, Kepler, Galileo o Descartes (estos dos últimos, fundadores junto a Bacon del método científico), iluminó la revolución científica de los siglos XVI y XVII y decantó la formación de un nuevo modelo de liderazgo: el liderazgo universitario, basado en el ideal erasmista de la renovación moral de Europa por medio del humanismo de inspiración cristiana.

Ese liderazgo está basado en la centralidad de la persona, de cada ser humano concreto, que en sí mismo expresa un valor de dignidad. Kant, que distinguía dentro de los anhelos humanos aquellos que tienen valor de precio de los que tienen valor de dignidad, representó como ningún otro este ideal al afirmar que las personas somos fines en nosotros mismos, no instrumentos en manos de nada ni de nadie.

El verdadero liderazgo, sirviéndonos de la distinción que se hacía en la antigua Roma entre *auctoritas* y *potestas*, se ejerce más desde la autoridad moral que en el ejercicio del poder; más desde la capacidad emocional y las habilidades sociales que desde la gestión organizativa y el control coercitivo. El liderazgo no es capacidad directiva o de gobierno, poder de mando orientado al cumplimiento de objetivos. El liderazgo, por el contrario, se centra en la persona y en los procesos, en el modo de proceder.

La Universidad debe formar personas con capacidad de liderazgo moral en las instituciones, empresas y en la sociedad a la que sirven cuando se insertan en el mercado laboral. No quiero decir con ello que la Universidad deba ser una fábrica de líderes en el sentido de que cada universitario sea en sí mismo una referencia social colectiva. Apelo más bien a la necesidad de potenciar la capacidad de liderazgo en cada universitario como horizonte de crecimiento personal. Formar para ese liderazgo viene a ser sinónimo de formar para la excelencia, que no debemos identificar con la brillantez de los resultados académicos, sino con el desarrollo pleno de cada persona en todo su valor intrínseco como tal.

La formación en competencias y en aptitudes, no ya solo en conocimientos prácticos, en la que se basa la Universidad del modelo ECTS vigente debería permitir la formación de los universitarios en el ejercicio de un liderazgo responsable, capaz de crear sentido y significado. Como apunta la Declaración Universal de la UNESCO

sobre la Educación Superior en el siglo XXI (1998), la misión de la Universidad hoy es “*formar profesionales capacitados que actúen como ciudadanos responsables, competentes y comprometidos con el desarrollo social*”. Y en igual sentido se pronuncia el Comunicado de los Ministros europeos responsables de Educación Superior “*sobre el Espacio Europeo de Educación Superior en el horizonte 2020*” para la realización de una Europa del conocimiento altamente creativa e innovadora, efectuado en Lovaina en 2009.

Ese liderazgo moral no solo se basa, por tanto, en valores formales o procedimentales como el respeto, la tolerancia o la disposición al diálogo; sino en valores sustantivos que podemos compartir a escala universal con independencia de cuál sea nuestra sensibilidad política o nuestro credo. Valores de contenido, como son la justicia, la libertad o la solidaridad.

Un jurista romano, Ulpiano, expresó esa comunión en torno a ciertos principios y valores elementales afirmando que los principios de la virtud se traducen en vivir honestamente, no hacer daño al otro y dar a cada uno lo suyo (*honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*). Adela Cortina añade una recomendación para vivir en plenitud: saber distinguir entre lo verdaderamente valioso y lo que no lo es, para disfrutar de lo primero.

En definitiva, la educación universitaria debe enseñarnos a ser, no sólo a hacer. Bertrand Russell escribía en 1930 -en su “Ensayo de un escéptico”- las siguientes palabras, a mi juicio estremecedoras: “*Creo que dentro de 100 años, cualquier persona medianamente educada, sabrá una buena cantidad de matemáticas, algo de biología y mucho de construcción mecánica. La educación se volverá para todos esencialmente dinámica; es decir, enseñará a hacer y no a pensar o sentir. Se harán muy diversas tareas con gran habilidad, pero nadie será capaz de considerar racionalmente si vale la pena hacerlas*”. Es lo que llamó el Max Sheler, el gran padre de la Filosofía de valores, el error de Occidente frente a Oriente: el cultivo del saber pragmático frente al saber humanista y espiritual. Al hilo de la reflexión de Sheler no debemos olvidar que la cuna espiritual del mundo, que es Asia, tiene hoy los mejores resultados educativos según la UNESCO y el mayor índice de crecimiento tecnológico.

El poder transformador de la educación, y de la educación universitaria en particular.

“La educación es el arma más poderosa con la que contamos para transformar el mundo”, decía Nelson Mandela. Un mundo que está enfermo.

España, en concreto, se enfrenta al fin de un ciclo histórico. Son muchos los síntomas: siete años de crisis económica y una cifra de paro que ha instalado en la frustración a varias de las generaciones de jóvenes mejor preparadas de la historia de este país; una corrupción rampante que alimenta la cultura del “todo vale”; una sociedad civil desarticulada y adormecida; unos medios de comunicación muchas veces irresponsables que coquetean con la mezquindad y se contaminan de intereses partidistas; y una vida cultural paralizada por su extrema dependencia de lo público.

A todo ello se une el fracaso del sistema de organización territorial, que amenaza con la ruptura del Estado; y la quiebra del principio de separación de poderes, con una justicia politizada, una Administración pública desmesurada y un Ejecutivo que legisla a base de Decretos-leyes al frente de un desfigurado parlamento, producto de una mala legislación electoral que favorece el bipartidismo y las minorías nacionalistas que parecen haber cambiado el consenso constitucional por el hacha de guerra. Recientemente vivimos como una brisa de esperanza la emergencia de fuerzas políticas de base social que parecen haber roto el eje del bipartidismo. Pero el mundo de la política sigue siendo el crisol de muchos de los males apuntados, que han acabado por extender el descrédito y la desesperanza entre la ciudadanía. Ésta parece a día de hoy más que hastiada, desfondada. Y lo que es peor, puede acabar siendo una sociedad a la deriva, con el riesgo de poder convertirse en una víctima propicia de los radicalismos más exacerbados o de un populismo ramplón y demagógico.

Como ya advirtiera Bertrand Russell en plena efervescencia de los movimientos totalitarios que propiciaron la segunda guerra mundial, la única protección eficaz contra los radicalismos y contra los llamamientos demagógicos al odio es la educación. Comparto plenamente este juicio. Estoy convencido de que la educación es el mejor camino para profundizar en la democracia y en la progresiva realización de un mundo en el que los seres humanos, todos los seres humanos sin distinción ni discriminación alguna, puedan disfrutar de la dignidad que les es inherente.

La educación así entendida trasciende y va mucho más allá de la instrucción y de los niveles o etapas de la enseñanza. Profundiza en lo humano, alejándose de los

dictados de esta sociedad generadora de desigualdades que parece reclamar personas competitivas más que personas competentes, o acaso meras “piezas de recambio”. La educación en valores a la que me refiero, por decirlo con palabras de la Declaración Universal de Derechos Humanos, es la que *“tiene por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos”*. Desde esta visión, la educación –y muy especialmente la universitaria- ha de ir efectivamente más allá del conocimiento o del saber concreto.

La globalización ha aumentado el foso entre la riqueza y la pobreza, una situación injusta que la crisis económica y social ha agudizado en perjuicio de los más débiles, de los marginados y de los excluidos, a escala mundial y en el interior de nuestras sociedades: como consecuencia de todo ello -y es en lo que estamos en España y en toda la Unión Europea- el modelo de economía social de mercado está seriamente amenazado. Peor aún, estamos insensiblemente instalados en una especie de “cultura de desigualdad”. La educación en la solidaridad, es decir, en las exigencias del interés general, es la dimensión de la educación que con mayor claridad nos muestra que la educación es el instrumento para la subversión del orden establecido.

Como señaló mi padre en el discurso que pronunció el día que recibió la distinción de hijo predilecto de Andalucía, el fundamento de esta afirmación está bien expresado en las siguientes palabras de la Declaración Universal de Derechos Humanos: *“toda persona tiene deberes respecto de la comunidad, puesto que sólo en ella puede desarrollar libre y plenamente su personalidad”*. Desde una perspectiva complementaria, nuestra Constitución Española proclama que *“La dignidad de la persona, los derechos inviolables que le son inherentes, el libre desarrollo de la personalidad, el respeto a la ley y a los derechos de los demás son fundamento del orden político y de la paz social”*.

El problema capital de la teoría política es justamente ese: cómo combinar la libertad personal con el grado de cohesión necesario para la convivencia. Esto último incluye la satisfacción de necesidades colectivas, de objetivos de interés general que están expresados en nuestra Constitución, que siempre implican límites y recortes de la libertad individual y que aluden a esos “deberes” para con la comunidad que nos incumben a cada uno de nosotros.

Esos deberes de cada ciudadano hacia la comunidad son un ingrediente imprescindible en la búsqueda de un concepto más amplio de la libertad, en el que – como aprendió mi padre de su amigo Pedro Casaldáliga- *“el ideal de la libertad se instale el ideal de la igualdad”*.

Pero, como el propio Casaldáliga nos sugiere, cada uno de nosotros podría preguntarse: ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano? La respuesta es evidente, a mi juicio: sí, sin duda, porque la obligación de respetar y promover los derechos humanos no incumbe exclusivamente a los poderes públicos, porque es una tarea que nos corresponde a todos si de verdad queremos ser ciudadanos libres, responsables y solidarios; y no meramente súbditos, simples instrumentos o meras piezas de recambio del sistema.

Para ello, hay que aprender de los humanistas del Renacimiento, de la libertad en la educación que proclamó Krause y de la concepción universitaria de Humboldt, para quien la Universidad y los valores que ésta entraña suponen un modelo de aprendizaje para toda la vida.

Querido alumnos, permitidme que os recuerde el consejo de Horacio que popularizó Kant: *Sapere Aude*. Atrévete a saber, da el primer paso, porque el seguidismo, la cobardía, o el materialismo superficial son las causas de que muchas personas permanezcan cómodamente en minoría de edad toda su vida.

Por eso, hoy más que nunca deben tener sentido para vosotros aquella sentencia con las que Ghandi sacudió nuestras conciencias: *“Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueras a vivir siempre”*.

Permitidme que despida mis palabras con un poema de José Luis Sanpedro que me enseñó mi padre y que yo he recitado alguna vez a mis alumnos el último día de clase:

*Sea Ulises tu guía
al viajar por tu vida, compañero.
Taponas tus oídos contra toda sirena,
átate al duro mástil de tu barca.
Y, obediente a tu brújula secreta,
pon rumbo a la aventura irrenunciable:
el viaje hacia ti mismo.*

Muchas gracias.